

felicidad tan grande, que no se ve del todo, pues no saben los mismos parlanchines de esas verbales añagazas cómo van á edificar ese paraíso en donde los franceses de mañana van á danzar, en un placer sin límites, un delicioso perpetuo cake-walk.

\*  
\*\*

Esa falta de sinceridad de parte de los candidatos, no va, en último análisis, sin su falta de respeto para el elector. No os diré una novedad si os digo que el respeto no consiste en muestras exteriores de deferencia, ó en la expresión de fórmulas de urbanidad. Respetar á alguien, es, ante todo, suponerle un buen sentido, un juicio por lo menos cercano al nuestro. Es en segundo lugar, tratarle como una personalidad moral á la que no se procura el engaño ó el daño. De modo que no decir la verdad y nada más que la verdad, á los electores, es ya reconocer su falta de inteligencia. Pero decirles tonterías, es tomarlos por incurables imbéciles.

Véase esta muestra, entre otras, de esas tonterías á que me refiero:

10. Supresión de todos los impuestos y voto del presupuesto facultativo.
20. Jubilación á todo ciudadano de cincuenta años, con 60 francos mensuales.
30. Aumento del sueldo de los empleados que no ganan 3.500 francos.
40. Respeto á la libertad de trabajo con aplicación radical.
50. Estímulo de la repoblación (prima de 500 francos por cada hijo que nazca).

60. Supresión de los empleos inútiles.
70. Matrimonio obligatorio á los treinta años, para ambos sexos.
80. Derecho de elección para las mujeres que tengan cuatro hijos.
90. Supresión de los monopolios del Estado y de los impuestos sobre el alcohol.
10. Libertad del comercio y del ejercicio de la medicina.

Otro candidato, no menos faccioso, reclama en primer lugar la revisión del tratado de Francfort. (¿Por qué no la confinación de Roosevelt en el polo Norte?)

Yo no sé si esas gentes se forman alguna ilusión sobre las probabilidades de triunfo de su candidatura; por mi parte, yo no tengo ninguna duda sobre su mentalidad. Es verdad que aquí se está en el país en que se ríe de todo, en que la exageración misma de los rasgos del programa nos advierte que hay que considerarlo como una "charge", como una caricatura.

La lucha electoral es únicamente una lucha de ideas. Un candidato tiene su temperamento, su carácter, su talento, su profesión. Mas el lector no puede juzgarlo, aparte la honradez, sino por sus ideas. Al comienzo, parece que es así. Sin embargo, á medida que el período avanza, y que el día fatídico se acerca, los candidatos llegan, ó más bien descenden á una polémica indigna de ellos, y sobre todo de sus electores. Se escarba en la vida privada del adversario. De sus debilidades, si las tiene, se hacen tachas enormes. De su evolución po-



lítica se hace una serie de contradicciones y de traiciones. De sus discursos se hacen extractos, que hábilmente aislados, presentan un sentido absolutamente distinto del pensamiento integral del autor. Se lanzan mentises inicuos, y se tiene cuidado de agregar: "Los electores juzgarán". ¡Ah! si el lector juzgase convenientemente el ultraje hecho á su dignidad, enviaría á ambos contendientes con cajas destempladas.

Hay hombres contra los cuales nada pueden los adversarios. Su personalidad se impone tan sólidamente que los contrarios se quiebran en ella pico y uñas. Sin embargo, los atacan á pesar de todo. Ved este cartel:

«Comité de concentración republicana

Dos hombres

M. Maurice Barrés,	M. Paul Cloarec,
Novelista	Economista
Agitador	Hombre de orden
Sin programa	Programa preciso

¡Electores, escoged!

Los electores han escogido ya y pronto verá el insólito y excelente hombre de orden, M. Cloarec, cuál es el elegido. Pero, ¿qué me decís de este pistonado paralelo?

Todo esto, en conclusión, es tan humano como francés, y no he de ir yo á revelar á mis lectores argentinos lo que son elecciones. La ambición, como el amor, es mala consejera, aun para las más firmes cabezas. Ser diputado es para todos una honra; para algunos una honra y un provecho; para

muchos, una agradable sinecura. ¿Cómo, habiéndolo probado no se va á querer repetir? Ser candidato, aun derrotado, es haber gozado en su circunscripción, durante el período electoral, de una celebridad capaz de inquietar á Rostand mismo. Y hay candidatos que aun de la derrota sacan provecho. Así este épico, este incomparable M. Valentin Moyses "candidat malhereux dans le neuvieme arrondissement", como dice una gaceta. Este sujeto, que es filósofo, da las gracias á los 6852 electores que no votaron por él, de la siguiente manera: "Vous m'avez éclairé, vous m'avez clairement fait voir que je n'avait rien à faire dans la politique. Je continuerai, donc, comme pour le passé, à m'occuper de la publicité des magasins de nouveautés."

¡Ni en Nueva York!

### La hija de Verlaine.

#### REALIDAD Y LEYENDA

M. Edmond Lepelletier fué amigo íntimo de Paul Verlaine, desde los años del colegio. Acaba de publicar un libro sobre la vida y la obra de aquel melodioso mártir. Para la vida es un libro de rehabilitación, en parte, aclaración de hechos por irrecusables documentos; para la obra una especie de proceso mental y certificación del iniciarse ó tomarse tales tendencias ó deliberaciones. Lepelletier cumple con cordialidad una como disposición testamen-



taria de hace largos años. No se enfría con la nieve de la muerte y la piedra tumbal el afecto del "más viejo amigo", como se le llamó en un soneto dirigido de uno de tantos hospitales, el Cochín:

Mon plus vieil ami survivant  
d'un groupe déjà de fantômes  
qui dansent comme des atomes  
dans un rais de lune devant,

Nos yeux assombrés et rêvant  
sous les ramures polychromes  
que l'automne assouplit en dômes  
funèbres ou gémît le vent.

Bah! la vie est si courte, en somme!  
un sot revell après un somme!  
qu'il ne faut plus songer aux morts

que pour les plaindre et pour les oindre  
de regrets exempts de remords,  
car n'allons-nous pas les rejoindre?

Y en una carta á su madre, dice Verlaine, desde la prisión de Mons... "Que Lepelletier defienda mi reputación. Podría ser que fuese, antes de poco, mi memoria. Cuento con él para hacerme conocer mejor, cuando ya no exista, allí..." Lepelletier, buen escritor, alejado de la literatura quizá por asco de la vida literaria, aunque no hay mucha algalia en los muladares de la política, su preferida, vuelve á tomar su vieja pluma, y hace un volumen sereno, justo, fraternal, sin retórica, firme, exento de sentimentalismo y claro de verdad. El Pobre Lelian queda limpio, hasta lo posible, del maligno lodo legendario que él mismo recogió y aumentó, gamin excesivo, para su propia maculación. No que el sin ventura resulte ahora un bienaventurado, sino una

pobre víctima de "la lógica de una influencia maligna" como él mismo diría: teniendo no poca culpa del derrumbamiento de ese espíritu superior, de ese gran poeta, la sociedad misma. Al hombre lo hace conocer el biógrafo desde la niñez. "En lo que se refiere á la infancia, las primeras impresiones de Verlaine, sus aspiraciones, sus lecturas, el desparatamiento de su genio poético, sus comienzos literarios, he de informar al público que se interesa en la génesis de un cerebro como el del autor de *Sagesse*. Compañero de juventud, confidente de sus pensamientos, de sus ensueños, desde la adolescencia hasta la plena edad madura, he asistido, por decirlo así, á la ascensión de la savia, á la floración y al desarrollo de su intelecto." Los amigos de asuntos tortuosos se encontrarán desilusionados al ver que lo referente á la famosa cuestión Rimbaud se precisa con documentos en que toda perspicacia y malicia quedan en derrota, hallándose, en último resultado, que tales ó cuales afirmaciones ó alusiones en prosa ó verso no representan sino aspectos de simulación, tan bien estudiados clínicamente por Ingegnieros. Los testimonios son fehacientes en una correspondencia escrita á raíz de los sucesos que provocan señaladas cartas de toda intimidad y franqueza, en que se ve el alma desnuda y toda ausencia de *pose*, ó de mentirosa urdimbre. Otros libros se han publicado sobre Paul Verlaine antes de este piadoso y definitivo.

No hay en ellos, en suma, sino el propósito de revelaciones que interesan á un público de curiosos de intimidades literarias, y de aficionados á cuentos



de café y cervecería. Están en la misma línea que esa malhadada fotografía de la serie "nos contemporains chez soi", que se ha reproducido en "magazines" é ilustraciones extranjeras; y en la cual aparece "en su casa" el infeliz gran poeta, ante una mesa tabernaria en que se ve el brebaje fatal á su existencia y á su reposo espiritual, por tantos años. Tal crueldad iconográfica hace, con justicia, estallar la cólera fraternal de Lepelletier. Este de ningún modo acepta la usada comparación entre Verlaine y Villon, como no sea en ser ambos dos portalaras en extremo amados de las musas y de los dolores, y en ser cofrades en la devoción y la plegaria, podría agregarse.

Sistema opuesto, el del Pilades literario, al de tantos plumíferos parisienses é internacionales, cuyos recuerdos barriolatinos y báquicos no han contribuido sino á la universal transformación del Fauno místico en una especie de tipo lastimoso y mendicante, saturado de todos los alcoholes y roído por toda suerte de bajos vicios.

Mucho pesará á los adoradores de la *soucoupe* el saber que Verlaine era un hombre de ideas burguesas, que si vivió la vida de bohemia, fué forzado por las durezas de la suerte, por las caprichosas circunstancias que amontona la casualidad, esto es, de todas maneras, la ley del destino, para hacerle torcer su dirección, y cambiar la tranquilidad de una existencia que hubiese sido honestamente apacible, por las tormentas pasionales y los noches bo rrascosas á que conducen los desatados instintos y las ponzoñas de la voluntad.

Una mujer de poca comprensión y escasa paciencia y un puesto modestísimo que, en la administración municipal de París no pudo volver á ocupar después de la Comune—pequeñas miserias, decidieron, tal el diablo hace esas cosas, del futuro verleniano. Para la gloria, gloria amargada, y para el arte, propicio encadenamiento de hechos; más terremoto sentimental y mental en el mal herido de desesperanza que, antes que el paraíso católico, dignamente ganado á son de tiorba y salterio, tuvo que pasar largos años en el, más que purgatorio, infierno del alcohol.

\*  
\*\*

Al por siempre niño no fueron sino fatalmente dañosas las malas frecuentaciones; así la de ese terrible Arthur Rimbaud, que pudo librarse de su demonio intelectual poderoso y perverso, transmutando su vida en el hierro de una acción que hizo del poeta desorbitado un mercader de Oriente, explorador de lejanas Africas, un negociante entre negros, cuya labor colonial no supo á tiempo aprovechar su patria. Muerto antes que Verlaine, cuya vida acibaró de locuras y mala influencia, él tiene su monumento en la villa natal, en tanto que todavía no se ha podido conmemorar en bronce ó mármol al autor de "Sagesse".

Hase pretendido en lo referente á familia, que Verlaine descendía de noble origen, según los manuscritos genealógicos de Le Fort. Vendría de los señores de Verlaine en el Luxembourg. Lepelletier no juzga exacta la ascendencia, antes bien cree



muy aceptable la eclógica parentela de que ha hablado Saint Pol-Roux en uno de sus magníficos libros. "Un mi camarada, viejo pastor que apacenta ba cotidianamente su ternera y sus dos vacas delante de mi morada, me dijo, un día, llamarse Verlaine. Me estremecí. Conversamos. Me contó su raza. Intrigado, intenté rebuscar. Pronto pude asegurar al pastor belga que un gran poeta de Francia era su pariente, de él, tan chico; lo que le hizo relinchar de alegría.

Anudando entonces sus cejas, como si hubiese cruzado los finos brazos velludos de su memoria, sondó este rincón para, á la larga, extraer un encuentro, antes, en los alrededores de Paliseul, en casa del coronel Grandjean, con un colegial de diez y seis años. ¡Y, bien! Ese Pablo olvidado, de quien me enseñáis la fama, es mi primo hermano segundo, declaró el pastor de Arville. Resumamos sus decires: El bisabuelo de Verlaine, después de haber seguido á los ejércitos franceses, como jefe de convoy militar, se estableció en Arville, viniendo de Braz, aldea vecina, elegido *franc-fied* por el abad de San Huberto. Dispensado del diezmo, su función consistía en asistir de uniforme, y con el sable desenvainado, á las misas solemnes de la abadía. De su matrimonio con una Henrion nacieron Miguel y Enrique. Enrique tuvo dos hijas y un hijo, el capitán de ingenieros, padre de Pablo"... Esos rústicos entoncamientos demuestran lo justo en Verlaine de sus inquietudes silvicas de corzo, su natural arisco, su estirpe pánica. No pueden más que interesar vivamente sus despertamientos sentimentales, más

sensuales en él que otra cosa, y los primos deseos en el alma del lírico sátiro que naciera tan mal dotado de físicos atractivos, pudiendo ser su rostro de adolescente, argumento de la teoría darwiniana, antes que clasificada de mongoloide su fatigada testa socrática, por un doctor escandaloso que tuvo, á causa de su pseudo-ciencia periodística, cierta boga hace ya algunos años. Mas después habrá que considerar cuán buena estofa de *páter familias* había en quien ha dejado para su hijo—educado lejos de él y á quien nunca pudo ver—en prosa y verso, los consejos más cristiana y tradicionalmente morales, y patrióticos además, á despacho de todas las demolidoras modas. Verlaine, aparte de su genio y de sus caídas, dañosas tan sólo para sí mismo, fué en el fondo, y quizá siempre, eso que "para algunos todavía es de valor": hombre honrado. Jamás se ha visto furia dolorosa igual á la de ese desdichado por la pérdida de su hogar, por la separación de su mujer, quien, en verdad no le merecía tanta llama inadecuada. Con una mujer paciente, dulce, una familia constituida, y la vida asegurada en su papel de funcionario, habríase destruido en él, sin duda, el veneno de las fatales amistades, y, excelente ciudadano, rodeado de hijos, tuviera un fin apacible en la honestidad de su retiro. Claro es que el arte humano habría perdido tanto sollozo incomparable y la católica poesía tanto gemido místico y tanta oración temblorosa de viva fe, de piedad infinita.

\*  
\*\*



Lo único en que Lepelletier deja sospechar la influencia sectaria, en su manera de exponer el alma de su glorioso y desolado amigo, es en no ver en Verlaine convertido un poeta más lleno de la gracia suprema que de propósitos más ó menos literarios; y el querer disimular la ferviente sinceridad de las "Confesiones" en lo relativo al holocausto de aquella pobre ánima, anímula abatida, en honor de Dios y arrepentimiento de sus incontenibles yerros. Nada tienen que ver el Jesucristo y la Virgen verlainianos, que no son otros que los de los niños de primera comunión y los del creer del carbonero, con los Odin y Teutates parnasianos, y toda la védica teogonía y toda la soberbia y logolítica erudición de la poesía de Leconte de Lisle. El catecismo, sí, era su libro. Y hay en él también algo franciscano. Entre sus ramos de claveles, rosas, hojas de viña, y tal ó cual orquídea, respiráis perfumes de fioretti.

¡Ah, la leyenda verlainiana y la realidad de las cosas. Yo quisiera que todos aquellos cerrados criterios, que todas aquellas mal informadas personas para quienes el nombre del "pauvre Lelian" es una dicción sospechosa, leyeran, apartando por un instante las vulgares y repetidas informaciones caras á los cronistas ligeros y desvergonzados escribas, leyeran y meditaran con calma los conceptos de este volumen fidedigno. Hace no mucho tiempo se publicó en Francia—Francia tiene estos arranques generosos—una rehabilitación también muy documentada de la vida de Poe, otro tan mordido y enlodado desde los días del odioso Grissmold. Tales obras honran á los que las emprenden y consuelan á

los que no aspiran á ver en el mundo tan solamente el lado obscuro ó rojo de la Perversidad. Coincide con la publicación del libro de Lepelletier la de una obra póstuma y antigua, paralela á *Sagesse: Voyage en France par un Français*. Se ha dicho con sobra de superficialidad que dicho "bouquin" no agrega nada á la personalidad intelectual del autor. Quizás. Mas hay una cosa cierta, y es que, dichosamente, ella ayuda á conocer el oro cordial del hombre. Del buen hombre por siempre niño.

### A propósito de "Chantecler"

#### LOS ANIMALES

EN EL TEATRO CLÁSICO ESPAÑOL

Con motivo del famoso gallo, *Le Temps* de París habló recientemente de una obra estrenada en Madrid hace algún tiempo y en la cual los personajes son animales. Se refiere á *El caballero Lobo*, del señor Linares Rivas, notable ingenio de esta corte que tomó la delantera á M. Rostand, años después, sin embargo, de anunciada la pieza francesa tan cacareada.

Los trabajos teatrales en que aparecen animales en la escena, tienen antecesores en el teatro clásico castellano, si no en el francés, puesto que el curioso autor de las 36 *Situations dramatiques* puede escribir hoy: "Allons, il ne me vint pas une mauvaise idée lorsqu'en 1900 j'ouvris la carrière dramatique



aux personnages du vieux "Roman du Renart". Depuis mille ans, mil n'y songeait. Quelle cohue aujor d'hui!..." En efecto, M. George Polti hizo aparecer en el *Mercuré du France* de 15 de Agosto de 1905 una obra titulada *Compere le Renard*, acompañada de una carta al director del *Mercuré* M. Vallette, en la que decía entre otras cosas: "Los diarios anuncian que M. Edmond Rostand va á poner en escena "Chantecler" el gallo y otros animales del *Roman du Renart*. Alaban con emulación su idea original, que será, según anuncian, el "punto de mira" de la curiosidad parisiense este invierno. Esto me decide á publicar *Compere le Renard*, escrito por mí "desde 1909", época en que lo lei á algunos amigos, como pueden atestiguarlo desde luego, M. Louis Wéber, caballero de la Legión de Honor, redactor de la *Revue Philosophique*, de la *Revue Metaphisique* y del mismo *Mercuré*, M. Henri Lasvignes, el traductor de Stirner, y un hermano Julien Polti, miembro del Jurado de la Société Nationale des Beaux Arts. Después de la lectura de mi pieza—en la cual figuran, como puede verse, junto á Goupil, "Chantecler" el gallo, el perro, Morhou, Noble el león, Insengrin el lobo, Beaucent el jabalí, Bellyn el carnero, etc., he enviado copias al Odeón al Gran Guignol, al Théâtre Antoine, á Cluny, al Chatelet, como pueden demostrarlo, á más de los registros de esos teatros, las cartas que me han dirigido rehusando en la forma ordinaria y después de lectura, supongo.

M. Polti, quería, pues, dejar establecida su prioridad. El se había decidido á escribir una comedia

de animales, basada en el viejo *Roman du Renard*, inducido, según cuenta en otra parte, por el teatro fiabesco de Gozzi. Y va un antecesor. El autor del *Compere le Renard*, cuya erudición en asuntos de teatro es concidísima, pensó seguramente también en Aristófanes, y en la comedia china *Tao-sse. Las transmigraciones de Yo-Tchéou* adaptada del chino al francés, por M. León Charpentier. En esta pieza figuran y hablan diablos con cabeza de buey, de mono, de ratón, de pato; un ternero y el mismo Yo-Tchéou en forma de burro. Y otro antecesor.

Mas en el teatro español, que M. Polti ha demostrado conocer en ocasiones, hubiera podido recordar los ejemplos que señalaré luego.

Si no en la escena, hablan ya muy donosamente las bestias en el libro de *Calila e Dimna*, cuyos orígenes orientales con tanta documentación ha explicado en un sabio estudio el famoso Don Pascual de Gayangos. *Calila e Dimna* no es otra cosa que las fábulas de Pilpay, el poeta de la India. Pilpay ó Bidpay y Esopo, son los primeros que ponen talento y discurso á la humana, en los animales. Cierta es que ambas cosas posee en la narración bíblica la Serpiente del Paraíso, y después la pollina de Balaam; y que Júpiter, bajo aspectos de irracionales hizo muchas de sus mitológicas hazañas. En las fabulaciones y poemas orientales los animales suelen hablar como personas, como se puede ver en los mismos cuentos de las *Mil y una*



noches, los cuales se asemejan á los apólogos de *Calila e Dimna*, en la manera de trabar el final de un sucedido con el comienzo de otro.

Después del libro de *Calila e Dimna*, del Arcipreste de Hita y de algunos otros pocos escritores se encuentra algo notable respecto á la inteligencia de los animales en la *Antoniana Margarita*, del filósofo Gómez Pereira, de quien se ha demostrado tomara Descartes algunas ideas y hasta el famoso *Pienso, luego soy*. Respecto al alma de los animales, para defender á Descartes de plagio, escribía en su tiempo Baillet, su biógrafo: "Muchos han creído que Descartes había tomado del libro de Gómez Pereira la famosa opinión del alma de las bestias. Mas hay una gran razón para dudar que Descartes haya jamás oído hablar de este Pereira; que su obra (hoy muy rara), haya ido á parar á manos de un hombre tan poco curioso de libros y de leer, como nuestro filósofo. Esto quita toda duda en el asunto, pues Descartes no vió el libro de Pereira hasta un año después de la publicación de sus *Meditaciones Metafísicas*. Sin embargo, otros autores continuaron sosteniendo ser Pereira el primero que afirmara la idea cartesiana de que las bestias no son otra cosa que máquinas vivientes. Raimundo Lulio había dicho á su manera: *De la sensitiva*: La "sensitiva" es la potencia con la cual el animal siente lo sensible; es á saber: lo sensible, oíble, etcétera; y tiene esencial y natural "bondad, grandeza", etc.; y tiene seis sentidos particulares: la vista, oído, gusto, tacto, olfato y habla, en los cuales está diversificada." Es cierto que él abarca asimismo al

hombre ó como gráficamente le designa, "animal hombrificante".

A propósito de la "sensitiva", doña Olivo Sabuco de Nantes, ilustre virago, que sabía mucho para su tiempo, entre las muchas cosas que dice de los animales inteligentes, manifiesta en uno de sus diálogos: "...Pues quiero contar de otros animales, para que veais cuánto obran los afectos de la sensitiva para vivir ó morir. Plinio dice que un pescado langosta teme tanto al pulpo, que en viéndose cerca de él, se muere y pierde del todo la vida. Y si el congrio ve cerca de sí la langosta, hace lo mismo. Y cuenta el mismo Plinio de el delfin, que es muy amigo de la conversación del hombre, y que uno de ellos tomó amistad y conversación con un niño que vivía cerca de un lugar marítimo, de manera que muchas veces llegaba el niño á la ribera del mar, y lo llamaba por este nombre, Simón, y luego venía, y el niño le daba pedazos de pan y otras muchas cosas; el delfin se ponía de manera que el niño subía encima, y lo llevaba y paseaba por la mar, y lo volvía á tierra. Continuando, pues, esta conversación y amistad, dióle una enfermedad al niño, de que murió. El delfin, viniendo un día y otro al puesto donde ejercitaba su amistad, como no acudía el niño, siempre lo veían en aquel lugar, gimiendo en semejanza de lloro, hasta tanto que allí mismo lo hallaron muerto. Cuenta también Eliano..." Y así prosigue la sabia narrando sucesos de animales, á punto de que se advierte lo fácil de encontrar argumentos á lo "Chantecler" sin necesidad de meditaciones en un corral de Cambo. Todo



autorizado por Eliano, ó por ese delicioso gran embustero de Plinio, que habría hecho el encanto del Ursus de Víctor Hugo.

Hay que recordar asimismo al célebre doctor Juan Huarte de San Juan en su *Examen de ingenios*, en el capítulo "Donde se prueba que del alma vegetativa, sensitiva y racional, son sabias, sin ser enseñadas de nadie, teniendo el temperamento conveniente que piden sus obras." Allí, con apoyos de Hipócrates, de Platón, de Galeno, se anticipa á los Maeterlink, Hearn, Gourmont y demás contemporáneos que se han ocupado en bestias y bestezuelas.

Mas, pasemos á lo concreto de este artículo, qué son los animales en el teatro.

Cervantes, por su alto nombre, podría pedir primacía diciendo que sus perros dialogan como gentes; y que Cipion y Berganza, acertando los parlamentos, y presentados en coloquio á la manera, como se hacen las cosas en la Porte-Saint-Martin, serían tan aceptables como el can que hace Jean Coquelin, si no más discretos é ingeniosos, y en una prosa que bien vale los alejandrinos rostanescos. Es el caso que hablan los perros. Y como dice el final: "El acabar el coloquio al licenciado, y el despertar el alférez, fué todo á un tiempo, y el licenciado dijo: Aunque este coloquio sea fingido, y nunca haya pasado, paréceme que está tan bien compuesto, que puede el señor alférez pasar adelante con el segun-

do. Con este parecer, respondió el alférez, me animaré y dispondré á escribirle sin ponerme más en disputas con vuesa merced, si hablaron los perros, ó no. A lo que dijo el licenciado: Señor alférez, no volvamos más á esa disputa; yo alcanzo el artificio del coloquio y la invención, y basta: vámonos al Espolón á recrear los ojos del cuerpo, pues ya he recreado los del entendimiento. Vamos en buen hora, dijo el alférez, y con esto se fueron".

Mas el gran Calderón aparece con piezas representables que con la "mise en scène" actual serían de gran efecto. No solamente pone en las tablas monstruos mitológicos como sirenas, sátiros etcétera, sino que, cual en el *Chantecler*, animales. Las "memorias de las apariencias", acotaciones ó indicaciones escénicas, tan profusas que ni D'Annunzio mismo las pone ahora, son verdaderamente notables. Para la loa que abre la comedia *Fieras afemina amor*, y en la que los "dramatis personae", son el águila, el fénix, el pavón, ó pavo real, los doce signos, los doce meses, y músicos, explica el autor, en una acotación cómo se representó. Calcúlese lo que se hizo con los recursos escénicos de entonces y lo que se haría ahora. "Fundóse el pórtico del teatro de orden compuesta, entre cuatro columnas de bien imitada piedra lázuli, cuyas cañas estaban adornadas á trechos de resaltados bollos de oro, y en su correspondencia dorados sus capiteles y sus basas, con que siguiendo el orden, corría la cornisa enriquecida á partes de los mismos bollos, mascarones y cornucopias. En ellas descansaban unas volutas, de quien pendían varios festones, que dando vuelta



á los modillones, recibían el cerramiento del frontis, de quien era clave una medalla de relieve, guarnecida de hojas de laurel, con cuatro mascarones y otros adornos que la dividían en igual compartimiento. Dentro della estaba un caballo, cuya velocidad enfrenaba galán joven, no sin algunas señas de Mercurio, dios del ingenio, así en el caduceo, como en las plumas del capacete y los talaes: jeroglífico del que osadamente vano intenta sofrenar al vulgo. A los lados del pórtico, entre coluna y coluna, estaban en sus nichos dos estatuas, al parecer de bronce, que haciendo viso al héroe de la fábula, halagando una á un león y otra á un tigre, significaban el valor y la osadía. Todo este frontispicio cerraba una cortina, en cuyo primer término, robustamente airoso, se veía Hércules, la clava en la mano, la piel al hombro, y á las plantas monstruosas fieras, como despojos de sus ya vencidas luchas; pero no tan vencidas que no volase sobre él en el segundo término Cupido flechando el dardo, que en el asunto de la fiesta había de ser desdoro de sus triunfos. Bien desde luego lo explicaba la inscripción, cuando en rotulados rasgos que partían entre los dos el aire, decía á un lado el castellano mote: "Fieras afemina amor", y al otro el latino "Omnia vincit amor". Lo demás del campo que restaba á la cortina, ocupaban pendientes festones de trofeos de guerra, que enlazados los unos de otros orlaban todo el lienzo, sin perdonar pequeño espacio, que no llenase de hermosa variedad la arquitectura en sus diseños y la pintura en sus dibujos. En habiendo logrado la vista por breve rato ambos primores, empezó á lograr

los suyos el oído, primero en sonoras chirimías, y después en templados instrumentos, á cuyo compás, desde lo más alto del frontis, por detrás de la medalla empezó á descubrirse, hecha una ascua de oro, una águila condal con imperial corona, sobre cuyas batidas alas venía una ninfa, que rompiendo la cortina sin romperla, dió principio á la loa, como en voz de "El Aguila" (cantando).

Ya veremos en otro artículo, cómo cantan y hablan las aves y demás animales parlantes de Calderón, tres siglos antes que los de Rostand.

#### La Francia de hoy.

Juan Jacobo Rousseau ha dicho en alguna parte "Prefiero ser el hombre de las paradojas que el hombre de los prejuicios". Tiene razón. El prejuicio, en efecto, es una opinión recibida sin examen y participada por el mayor número. No tiene efecto sobre los espíritus por su grado de verdad, sino por la satisfacción que da á la pereza. Atrofia y paraliza la actividad de la inteligencia, haciéndola incapaz de distinguir lo verdadero y lo falso. El prejuicio es así una idea muerta que es necesario arrancar.

En el hermoso libro que acaba de publicar, monsieur Barret-Wendell destruye prejuicios, pero cuida de no expresar ninguna paradoja. Se puede decir que es un "libro vivido", en el cual las afirmaciones se apoyan constantemente sobre hechos



observados ó verificados directamente, prudentemente é inteligentemente, en el cual la preocupación de la verdad no ahoga la simpatía y la admiración del escritor para los hombres y las cosas: en el cual, en una palabra, se reúnen en grado supremo y en la más bella armonía, los méritos de la razón que examina y juzga, y del corazón que siente y ama. El constituye uno de los más admirables testimonios que jamás haya habido en honor de Francia; y al leerlo, los franceses se emocionan orgullosamente. Conozco, por mi parte, quienes exclaman, poco más ó menos, como Sócrates hablando sobre Platón su discípulo: "Cuántas cualidades este hombre nos encuentra, en las cuales nosotros no habíamos pensado".

Mr. Barrett-Wendrell estudia sucesivamente las universidades, la estructura de la sociedad, la familia; el carácter francés, las relaciones entre la Literatura y la Vida, la cuestión religiosa, la revolución y sus efectos, la República y la Democracia. Cualquiera que sea el orden adoptado por el autor, cada capítulo es un estudio muy compacto, muy interesante y que contiene, para los extranjeros, las enseñanzas del más alto precio.

De la admirable intelectualidad de los franceses, de sus fuertes costumbres dinámicas, de espíritu. Mr. Barrett-Wendrell concluye que la ciencia extranjera sería muy vivificada, si un mayor número de estudiantes viniesen á colocarse bajo la influencia francesa. Esta combatiría útilmente lo que las otras influencias tienen de excesivo; ella daría á los conocimientos más riquezas y á las universidades

una actividad de mejor índole, una vida más fecunda.

No me place mucho la división que hace Mr. Barrett-Wendrell de la sociedad francesa en tres clases: la nobleza, la burguesía y los artistas. Ella es tal vez cómoda para el estudio, pero temo mucho que no corresponda muy exactamente á la realidad. Que haya, por ejemplo, una especie de barrera entre la aristocracia y la burguesía, convengo en ello, aunque esta barrera se aminore más cada día; pero no veo que los artistas se distingan de los otros franceses por caracteres fundamentales y permanentes bastantes precisos para que constituyan una clase aparte. ¿Y por qué no entonces la clase del clero? ¿Por qué no, sobre todo, la clase del pueblo, que es la gran masa de los franceses? El pueblo, con su robusto buen sentido, su incansable actividad, su espíritu de orden y de economía, su apego profundo por lo que es práctico, sólido y durable, el verdadero pueblo en la campaña, que no hay que confundir con el obrero de la ciudad, el pueblo que precisamente desconfía de todos los prestigios, de cualquier naturaleza que sean.

Pero quizá me equivoco en hacer esas reservas. Mr. Barrett-Wendrell nada, en oferta, ha olvidado; y, si él no da á cada cosa la importancia que encierra, es por un plausible escrúpulo de escritor, que no quiere dar su juicio sino con perfecto conocimiento de las causas. Las malas lenguas extranjeras se complacen en esparcir la opinión de que la sociedad francesa está moralmente enferma.

Mientras más veis á los franceses "chez eux", dice Mr. Barrett-Wendell, menos se fija nuestra